

Jorge Benítez

**El casco
de Sargón**

Navona

Primera edición

Mayo de 2022

Publicado en Barcelona por Editorial Navona SL

Editorial Navona es una marca registrada de Suma Llibres SL

Aribau 153, 08036 Barcelona

navonaed.com

Dirección editorial Ernest Folch

Edición Xènia Pérez

Diseño gráfico Alex Velasco y Gerard Joan

Maquetación y corrección Moelmo

Papel tripa Oria Ivory

Tipografías Heldane y Studio Feixen Sans

Imagen de la cubierta Valentina Silva

Distribución en España UDL Libros

ISBN 978-84-19179-19-7

Depósito legal B 3870-2022

Impresión Romanya-Valls, Capellades

Impreso en España

© Jorge Benítez, 2022

Todos los derechos reservados

© de la presente edición: Editorial Navona SL, 2022

Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares. Con la compra de este libro, ayuda a los autores y a Navona a seguir publicando.

Para Silvia, Ivet y Andreu

*Los dioses, quién sabe si propicios o airados,
les negaron la plata y el oro.
TÁCITO, Germania*

... And Empires are saying: «You're another».
RUDYARD KIPLING,
The Man Who Would Be King

Índice

Primera parte	I 3
Segunda parte	I 37

PRIMERA PARTE

El profesor Diego Ventura impartía una asignatura llamada Crisis del Nacionalsocialismo que, año tras año, mantenía una cuota de asistencia moderada, la justa para ir sobreviviendo a los sucesivos recortes del departamento y a la nueva ola de entretenimiento educativo. Para mantenerla con vida, se veía obligado a incluir cada vez más nacionalsocialismo y menos crisis en el temario, en el entendido de que el primero producía impresiones más perdurables en sus alumnos de segundo curso. Con este propósito, introdujo en la asignatura una primera parte dedicada a la Teoría General del Nacionalsocialismo y Comunicación de Masas, que esencialmente consistía en la proyección de discursos del Führer y en el visionado de marchas de las juventudes hitlerianas. Sentado a media nalga en su mesa, en la penumbra de la sala, observaba las caras de sus alumnos, hipnotizados por las antorchas y las esvásticas enarboladas. Las muchedumbres desfilaban murmurando himnos celtas, marcando el paso con botas de caucho sobre cemento lustrado. Hitler y Goebbels aullaban desde la tribuna y golpeaban sus pechos y el aire. Allá abajo, los brazos extendidos convergían hacia una colosal águila de platino. Al acabar, el profesor Ventura encendía las luces de la sala

y miraba cómo sus alumnos se frotaban los ojos y se enderezaban sobre sus asientos, desperezándose como si despertaran de un sueño colectivo.

Últimamente la asignatura estaba virando hacia la mística medieval y el esoterismo como forjadores del carácter nacionalsocialista. YouTube era solvente en la materia. Le proveía de documentales sobre sociedades secretas, ritos paganos, sórdidas reuniones en el castillo de Wewelsburg para beber sangre en los solsticios. Las grabaciones de supuestos ovnis que habían descendido a Alemania en 1943 para establecer contactos con la élite del Tercer Reich suponían uno de los hitos del temario. Después de casi ocho años enseñando, Ventura había comprendido que la mejor manera de atraer la atención de su alumnado era seleccionar vídeos para ellos y amasar toda aquella información hasta servir un contenido mínimamente académico. La inclusión de los ovnis y su contextualización histórica servía para añadir posmodernidad al asunto y convertirlo en una «asignatura interdisciplinar», concepto muy valorado en los departamentos universitarios desde la implantación del Plan Bolonia. En el horizonte comenzaba a perfilarse una convocatoria para ascender a catedrático, y Ventura veía prácticamente asegurada su plaza y con ella la posibilidad de reducir las horas dedicadas a docencia, aumentar las dedicadas a investigación y lograr el sueño de cualquier profesor universitario: no impartir clases.

Sin embargo, aquel año había irrumpido en el Departamento de Historia una profesora llamada Sara Terribas, titular de una flamante beca posdoctoral europea, cuyo

aterri­zaje ame­nazaba las ambicio­nes lar­gamente ali­menta­das de Ven­tura. Sara podía explicar el auge y la deca­dencia del Imperio romano lle­vando te­janos pitillo y apo­yando sus afir­maciones en series de la HBO. Sus alum­nos la adoraban: las referen­cias al Primavera Sound, los dispa­ros contra el patriar­cado y el suministro —al parecer ilimitado— de anécdotas sobre la sexualidad de los antiguos sur­rían efec­to en las encuestas de valoración del profesorado al final de cada trimestre.

Desde su llegada al departamento, había colocado ar­­tículos de impacto en cuatro revistas científicas y había permitido que el director del departamento incluyera su firma en dos de ellos. Todo esto, unido a la excavación de las áreas B3 y C5 del yacimiento romano de La Escala (Gi­rona), que dirigía gracias a su beca, le había conferido el aura legendaria de ser la investigadora menor de cuarenta años con mayor proyección académica del departamento; es decir, el enemigo a abatir por el resto de profesores agre­gados.

El decano había tenido la sádica idea de poner a Terri­bas y a Ventura en el mismo despacho, un cubículo de ape­nas diez metros cuadrados que el equipo docente codicia­ba por sus vistas al foso de los leones del zoo contiguo. A Ventura le había costado muchos años poder tener un despacho para él solo, y conseguir el de los leones había sido sin duda un reconocimiento a su trabajo. De manera que, al saber que tendría que compartirlo con Sara Terribas, su primera reacción fue concertar una cita con el decano y exponer los motivos de su queja, que fueron refutados

uno a uno con irritante buena educación. Ventura recordó favores hechos en el pasado e índices de aceptación de sus asignaturas, pero el decano habló de recortes en el presupuesto destinado a universidades y de la necesidad de reducir espacios en el departamento para albergar a los numerosos profesores asociados que estaban contratando por cuatrocientos euros al mes.

De vuelta en el departamento, impotente y decepcionado, el profesor Ventura arrastró un contenedor de reciclaje hasta la puerta del cubículo y, desde el interior, fue arrojando anales y revistas, con el pretexto de estar «liberando espacio en el despacho». El sonido rítmico y brutal de los libros cayendo al fondo del contenedor, amplificado por el eco del pasillo, era su manera de marcar el territorio.

Entonces llegó Sara con su calentador de agua, su lámpara de tulipa verde y una miniatura de la Victoria de Samotracia, forrada en terciopelo azul Klein, que colocó amorosamente sobre su mesa. En el espacio liberado en las estanterías, dispuso su colección de libros, y modificó la situación de ambas mesas para aprovechar un poco la luz solar, impidiendo así que la Nespresso de Ventura alcanzara el enchufe. Después echó un vistazo por la ventana y vio a los leones allá abajo, tumbados sobre la bóveda de su cueva, y se preguntó cómo iba a evitar que le llegara su olor cuando abriera la ventana en verano.

Ya era mediodía y tenía que impartir un curso sobre «Sexualidad en Etruria», de manera que dejó un mensaje

en un pòsit, que Ventura encontraría más tarde pegado en la puerta, y que decía: «He hecho algunos cambios en el pisito», con una carita sonriente debajo. Y, en efecto, cuando su compañero volvió al despacho y vio la reorganización del espacio y el cable de la Nespresso colgando flácido, montó en cólera. Volvió a disponer las mesas como estaban antes, tirando sin querer la Victoria de Samotracia azul, que al caer se partió en tres trozos y reveló un interior de purísima escayola. Demasiado enfadado para escribir una nota de disculpa, y sin tiempo para esperar a que Sara llegara (una cuarentena de alumnos esperaba su dosis de imaginaria nazi), se limitó a dejar un billete de cincuenta euros en una esquina de la mesa y puso los trozos de la Victoria encima.. Antes de salir dando un portazo, enchufó lleno de ira su Nespresso y se fue a clase con su ejemplar del *Mein Kampf* bajo el brazo.

Sin embargo, Sara no aceptó los cincuenta euros ni el ultraje a su Victoria. La estatua pertenecía a una serie limitada que el Museo Reina Sofía había puesto a la venta en su tienda *online*, y su tasación en cincuenta euros suponía una ofensa incluso mayor que el motivo por el que había sido rota: para enchufar una Nespresso. Contempló con rabia y tristeza su mesa, arrinconada de nuevo contra la pared, en la zona sombría del despacho, y su ingenuo pòsit tirado en el suelo y pisoteado en la apresurada huida de Ventura. Las marcas de una suela Camper aún podían apreciarse sobre la carita sonriente.

En lo sucesivo, Sara se dejó ver por las mañanas en el reservado del bar de la facultad con el profesor Víctor Gomar,

director del departamento y redactor jefe de *Anales de Historia y Arqueología*, la revista de divulgación científica en la que Ventura publicaba artículos refritos para engordar su currículum. Sara apenas pasaba ya por el despacho: solamente durante las horas de tutoría y para encontrarse con algún doctorando. En general, iba de las aulas a la biblioteca y pasaba más tiempo en el despacho de Gomar que en el propio, discutiendo sobre la deriva de *Anales*, proponiendo mejoras en el plan docente y tramando, en general, la venganza de la Victoria de Samotracia azul.

Ese mes, Ventura preparaba un artículo de investigación acerca de las relaciones entre el nacionalsocialismo y la ufología, y en concreto sobre el encuentro entre arqueólogos de la Ahnenerbe y criaturas extraterrestres durante el trazado de una carretera para acceder al lago Ritsa, en el Cáucaso georgiano.

Con aquel sería el quinto artículo de esta temática que habría publicado en *Anales de Historia y Arqueología* en lo que iba de año, pero en esta ocasión la respuesta del consejo de redacción se estaba demorando más de lo habitual. Ventura sabía que el proceso de revisión del artículo no duraba más de tres semanas, pero había oído que se estaban preparando cambios en la dirección de la revista y supuso que eso podría estar retrasando su publicación.

Finalmente, recibió un correo electrónico remitido por el consejo editorial de *Anales*, encabezado por un «Apreciado investigador» y rechazando su «Nazis en el Cáucaso» por no ajustarse al ámbito de la revista. En concreto, se mencionaba que «la superchería de la Ahnenerbe, y en con-

creto los presuntos contactos entre la Wehrmacht y seres alienígenas, no constituyen en sí mismos un objeto de estudio riguroso, sino una *curiosidad de quiosco* tan solo admisible en otra clase de soportes, como los tebeos o las publicaciones parapsicológicas».

Ventura no salía de su asombro. Conocía a buena parte de los editores de esa revista y sabía que en ella sus artículos contaban con crédito editorial asegurado. ¿Qué quería decir que no se ajustaba al ámbito de la revista? La temática era exactamente la misma que la del resto de los artículos que le habían publicado ese mismo año y estos no habían sido considerados «curiosidades de quiosco». Comenzó a redactar una encendida defensa de los tebeos y las publicaciones parapsicológicas, como magma de lo que, en un arrebató germanófilo, denominó el *Volkgeist*. Pero al tercer párrafo se detuvo, entendiendo cuál era el problema. Bastaron un par de días para confirmar su pronóstico: Gomar había nombrado a Sara Terribas redactora jefe de la revista del departamento.

Uno o dos días, entre semana, a Ventura le gustaba bajar al zoo a comer. Compraba un refresco y un bocadillo de carne en algún bar y lo comía sentado en un banco, frente al foso de los leones, que quedaba entre la universidad y el Parlamento de Cataluña.

Los martes el zoo era muy diferente si lo comparabas con un sábado, cuando nativos y turistas se agolpaban frente a los fosos y dejaban que los niños apretaran la nariz

contra las vitrinas, dejando rastros de vaho y helado de vainilla. Los reptiles fingían estar muertos; los monos acudían a los viveros y cogían manzanas para comerlas de espaldas en un rincón; los leones dormitaban y dirigían feroces bostezos a su público. Por todas partes había adultos equipados con artilugios puericultores: carros simples o biplaza, mochilas portabebés o correas para pasear niños. Las madres caminaban con las puntas de los pies hacia fuera y agradecían el sol en la cara. Los padres llevaban gafas de esquí y adoptaban posturas de guardaespaldas mientras sus hijos violaban el reglamento sobre alimentación animal o invasión de zonas reservadas.

Entre semana, sin embargo, el zoo era como un jardín para aristócratas, transitado por pavos reales y sobrevolado por flamencos. El personal estaba más relajado; se les podía ver de aquí para allá llevando cubos y botas de caucho e intercambiando saludos con la barbilla con otros empleados que conducían vehículos eléctricos parecidos a carritos de golf. Posados sobre los cuernos de los búfalos, los gorriónes sacaban pecho. Los felinos enseñaban a sus cachorros a cazar desvencijados balones de fútbol. Las tortugas, desde su estanque, observaban absortas la siesta de la pitón.

Ese día, mientras comía su bocadillo frente a dos leones que se revolcaban de pura dicha en el polvo, el profesor Ventura vio llegar al director del departamento, el profesor Víctor Gomar.

—Siempre son más edificantes que la contemplación de nuestros alumnos, ¿verdad?

—Desde luego están más cerca de la salvación.

Una ráfaga de aire trajo hojas de platanero y el olor de los búfalos. Uno de los dos leones levantó el hocico para olisquear y después asió entre las fauces a un cachorro para alejarlo de un charco de agua sucia. Gomar se sentó dando a sus pantalones dos breves tirones a la altura de las rodillas.

—¿No tienes almas que deslumbrar con los horrores del pasado?

—Nunca después de la comida. Los necesito con el estómago vacío. Por cierto, tengo que felicitarte por el nombramiento de Sara como redactora jefe de la revista. Ahora parece más fácil publicar en el *New York Times*.

—No tienes por qué preocuparte. *Anales* necesitaba un cambio de orientación y Sara, que ha sido lectora en Berkeley, puede hacerlo. Al final todos saldremos beneficiados.

Ventura se preguntaba cómo Sara se las había ingeniado para medrar tan rápido en el departamento. Sus hipótesis iban en todas las direcciones. Era cierto que Gomar y Sara pertenecían a un mundo del que Ventura estaba excluido. La familia de Gomar provenía de la burguesía barcelonesa y poseía varios edificios de apartamentos en la calle Balmes. El propio Gomar tenía dos segundas residencias, una en la Costa Brava y otra en los Pirineos, y el refinamiento necesario para ir a la playa en invierno y a la montaña en verano. En ambos domicilios tenía sendas bibliotecas en las que sentarse en batín a beber brandi y despreciar la injerencia del turismo de masas en los espacios del patriciado barcelonés.

La familia de Sara pertenecía a la burguesía de provincias: su tatarabuelo había sido propietario de una fábrica

de algo en Cardedeu. Desde principios del siglo xx, habían ido diversificando el patrimonio familiar de acuerdo con los giros que daba el sector económico. De hecho, la mansión del patriarca había acabado por convertirse en una casa rural, cuyo letrero en la autopista hacía que el tatarabuelo fabril se revolviera en su tumba. Los hermanos y los primos de Sara habían consagrado sus carreras a la dirección hotelera y uno de ellos, incluso, se había estrenado como concejal democristiano. Sara, que de estudiante había ido a Chiapas para salvar a los indígenas de los males del capitalismo, era el lujo cultural que toda buena familia debe permitirse.

En cambio, la familia de Ventura estaba formada por inmigrantes andaluces que habían ido a parar al extrarradio barcelonés con otros inmigrantes extremeños y murcianos. Su padre había conseguido un empleo como conserje en el Conservatorio de Música, que les había permitido comprar un modesto piso en Barberá del Vallés y llevar la vida ordenada de los proletarios que se creen que son de clase media.

—No es justo, he trabajado mucho para llegar a donde estaba. He impartido más horas de docencia de las que me tocaban y he hecho favores que iban más allá de lo académico.

Gomar se dio por aludido y le miró sin hablar ni mover un músculo de la cara. Solo cuando un león rugió pareció recordar que le tocaba el turno de palabra.

—Diría que esa cuenta está saldada —dijo, mirando hacia otra parte—. Ahora crees que estás en desventaja

simplemente porque te han rechazado un artículo en la revista del departamento.

—Bueno, sin publicaciones no hay trayectoria académica, ¿no?

—Las publicaciones de impacto están sobrevaloradas en el currículum docente. Hay otras cosas.

Ventura esperó la anunciación de esas cosas. Gomar, como cualquier profesor experimentado, tenía buenas dotes teatrales y sabía administrar el silencio.

—La televisión —dijo al fin.

Uno de los leones mordió la grupa del otro, que gimió y echó a correr entre doradas nubes de polvo. La televisión como currículum docente. No la televisión inocente y semiculta de los años setenta, capaz de entrevistar a Chomsky y Foucault en *prime time*, sino el charco de lodo y purpurina que era en ese momento la televisión. Ventura tenía que admitir que la idea era seductora.

—Televisión Española está organizando un rollo sobre Oriente Próximo. Un especial: «Cinco años de guerra en Irak». Primero un documental sobre la oposición a la guerra. Ya sabes. Ríos de gente manifestándose en las calles de Barcelona y Madrid, filmados desde helicópteros. Testimonios de gente de la cultura y tal. Y luego una charla entre profesores y expertos. Hablaréis sobre el patrimonio cultural iraquí. Lo modera Iñaki Gabilondo.

—No es mi especialidad.

Gomar se echó a reír.

—No esperaba que tú también sucumbieras a ese rollo de «la especialidad». Te diré una cosa: el mejor profesor de

Historia que he tenido en mi vida ni siquiera sabía quién era Napoleón. Era licenciado en Física y no habían encontrado a nadie mejor para sustituir al de Historia. Pero había leído un libro que desmitificaba el Antiguo Testamento y se ofreció a darnos clase. Nos explicó que el jardín del Edén había existido: era Oriente Próximo antes de su desertización, un recuerdo magnificado de generación en generación. Y el diluvio universal también era literatura oral con una base física: la última desglaciación. Se suponía que tenía que explicarnos la Historia de España, pero nos habló de esto.

El profesor Ventura no dijo nada. Un operario del zoo se había acercado al foso y arrojaba filetes de potro a los leones. Los cogía a puñados del interior de un capazo de caucho, mientras silbaba una canción navideña. Una anciana vestida de otra época contemplaba el espectáculo mientras jugaba con su dentadura postiza.

—Solo se trata de comunicar un poco de entusiasmo hacia la Historia. ¿No es eso lo que tú haces con tus nazis?

—Supongo —respondió Ventura.

Los leones cogían a dentelladas los filetes y masticaban con el morro alto y aires de suficiencia. A veces, dos de ellos se disputaban el mismo trozo tirando cada uno de un extremo.

«Nunca hay que perder el instinto de lucha, ni siquiera cuando deja de ser necesario», pensó Ventura.

En agradecimiento a su participación en el programa, Televisión Española había regalado a Ventura un cuadro con-

memorativo. Se trataba de un póster enmarcado que imitaba el estilo enfático de los carteles belicistas de los años treinta, pero con la leyenda NO A LA GUERRA en letras de tamaño noventa y una plaquita dorada en la parte inferior en la que aparecían grabados su nombre y la fecha de emisión del programa.

A su regreso al departamento, pidió a Gabi, el bedel, que colgara el cuadro en su despacho, en una pared que quedara bien a la vista de Sara. El operario le dijo al profesor que le había visto en la tele.

—Lo poco que pude ver, claro. A esa hora daban las semifinales de la Champions. Cuando acabó, cambié de canal y aún pude ver diez o veinte minutos del programa.

Sin embargo, el ansiado momento de restregar el cuadro por la cara de Sara Terribas tardó casi una semana en llegar, siete largos días en los que tan solo el bedel parecía depositario de su gloria televisiva. Finalmente, llegaron las evaluaciones del primer trimestre y ambos profesores se vieron obligados a coincidir en el despacho para hacer las tutorías. Tal y como esperaba Ventura, al verle, Sara le saludó y abrió su portátil como si nada extraordinario hubiera pasado. En el silencio del despacho, casi se podía percibir el latido del cuadro, esperando a que Sara preguntara por él. Finalmente, dijo:

—«No a la guerra». Un poco cínico para pertenecer a alguien que enseña doctrina nazi, ¿no te parece?

—Por favor, Sara. Sabes que les prevengo, como ciudadanos, de los errores del pasado.

—¿Y por qué no les previenes de los males del franquismo? Es una versión patria mucho más fácil de documentar.

—Porque el franquismo no tiene ningún glamur, ni conecta con los jóvenes. Los nazis, en cambio, son como un grupo de música *hardcore*: son rubios, toman drogas y reencarnan el mal. Los franquistas son un grupo de cuarentones sudorosos que van a misa y se exaltan con los goles de la Selección.

Sara solo dijo «ya» (o «ja», en alemán; el nivel de sarcasmo no quedó claro). Después dijo:

—Por cierto, ayer vino alguien a verte al despacho.

—¿Una visita?

—Sí, un neonazi. Supongo que salió de tu temario para visitarte en persona.

Ventura se retrepó en su asiento, dispuesto a colaborar con la broma.

—¿Göring o Goebbels? El fantasma de Hitler solo me visita por Navidad.

—No, un tal Javi. A ti te llamaba «el Ventu». Dijo que era un viejo amigo, que tú sabrías.

—No conozco a nadie que se llame Javi.

—Dijo que te había visto en el programa de la tele —continuó Sara—. Supongo que vas a tener que acostumbrarte al precio de la fama.

—¿Dejó algún recado?

—No. Como no estabas, le di tu número de teléfono. Él insistió en dejarte el suyo: está en ese pósit de ahí.

—¿Y tú lo viste?

—¿El qué?

—El programa de la tele.

—Claro, quería saber qué me estaba perdiendo.

—No es nada del otro mundo. Supongo que la próxima vez Gomar te lo ofrecerá a ti.

—Lo dudo. Me lo propuso antes que a ti y le dije que no me interesa la televisión.

De acuerdo con las versiones del bedel, de una estudiante de tercer curso y de la propia Sara Terribas, un hombre vestido con una camiseta del Real Madrid había ido al departamento a buscar a Ventura pocos días después de su aparición en la tele. Tenía un ojo morado y el cogote rapado al estilo extrarradio. Llevaba un pantalón de chándal verde, con una brillante banderita de España bordada a un lado. El dorso de la camiseta lucía un 23 y las palabras «David Beckham».

Apenas era mediodía y, en los pasillos del Departamento de Historia, los estudiantes se apoyaban lánguidamente en la pared y conjuraban contra la globalización. El visitante madrídista pasó entre ellos, buscando un nombre en las placas de los despachos y haciendo sonar una chatarra de monedas y llaves en los bolsillos del chándal. Finalmente localizó la placa del profesor Diego Ventura y llamó a la puerta con los nudillos.

Apoiada en el quicio, una chica con una gorra estilo Manu Chao le informó en catalán de que estaban revisando exámenes. Él le sonrió. Un haz de luz matinal iluminó la vitrina con las evaluaciones del primer trimestre como si fueran las Tablas de la Ley. Ella miraba la contusión en el ojo izquierdo de él, los tonos malva y azul en el párpado

aún hinchado. No era la única marca que tenía. En la base del cuello le asomaba una quemadura con la forma de una cápsula o algo así. Sara Terribas, con extraña precisión, diría más tarde que tenía la forma exacta de un casquillo de bala.

—¿Te molesta si paso yo después? —preguntó a la estudiante—. Soy un viejo amigo.

La puerta se abrió y salió del despacho un estudiante afligido con un rollo de papeles manuscritos en la mano (probablemente, el objeto de su aflicción). Entonces el visitante asaltó el despacho, en cuyo interior encontró dos mesas, una orientada a la pared y otra hacia la puerta, y a una mujer joven, con gafas de acetato y tejanos rotos, poniendo en orden los exámenes evaluados. Ahorrándose el saludo preliminar, el visitante le espetó:

—Pero ¿no trabaja aquí el Ventu?

Sara, demasiado absorta al principio en la semiótica de moratones y balompié que acababa de irrumpir en su despacho, tardó en entender que el Ventu debía de ser el profesor Diego Ventura.

—¿Qué pasa, tengo monos en la cara?

Ella sintió la tentación de corregir su pregunta: «monos» era incorrecto. Lo correcto, según la RAE, era «momos» (del griego *Μωμος*, la personificación mitológica del sarcasmo). Sin embargo, el ojo a la virulé de su interlocutor denotaba una violencia que no animaba al matiz semántico, por lo que decidió centrarse en su primera pregunta:

—Sí, este es *también* el despacho del profesor Ventura, pero no tiene tutoría hasta esta tarde.

Él paseó la mirada por el despacho, como si el Ventu pudiera estar agazapado en alguna parte, tras las pilas de libros o tras el respaldo de una silla. En la pared del fondo localizó un póster con las palabras NO A LA GUERRA y de repente pareció olvidar el motivo de su visita.

—Podría estar de acuerdo con eso —dijo.

—¿Con qué?

El visitante señaló con la barbilla y Sara se giró en dirección al póster y luego de nuevo hacia su interlocutor, sin decir nada, las cejas a media frente. Al final decidió zanjar la conversación con un «¿Quieres que le dé algún mensaje al profesor Ventura?». El visitante se sumió en un segundo silencio sombrío del que emergió para aclarar que prefería transmitir su mensaje en persona, descartando la hipótesis inicial de Sara: que se tratara de algún transportista, o algo así.

—¿Me das su teléfono? No creo que pueda pasarme por aquí otro día.

—Puedo darte el teléfono del despacho.

Él cogió el pósit manuscrito que le alargaban y, cortándolo por la parte adhesiva, dijo:

—Voy a dejarle también mi número.

Se sirvió él mismo: cogió un boli de la mesa y escribió su nombre y su número mientras respiraba por la nariz. Dejó el trozo de papel sobre el auricular del teléfono de Ventura. Después se despidió.

—No te preocupes, ya me piro. Ya sé que aquí canto más que una almeja.

Mientras caminaba hacia la puerta, Sara le preguntó:

—¿Y de qué asignatura de «el Ventu» eres alumno?

Entonces el visitante, sin girarse, mostrando solo su cogote rapado y su dorso de Beckham, respondió:

—Lo que yo sé lo he aprendido ahí fuera.

Sí, Ventura conocía a un Javi, un amigo de la infancia al que había perdido de vista antes de matricularse en primero de carrera. Alguien a quien no le apetecía volver a ver y, sobre todo, alguien con el que no quería ser relacionado. Aquel nombre evocaba los años pasados en la mediocridad del extrarradio, todas las cosas que ya no podían tocar al profesor Ventura, intelectual hecho a sí mismo y vecino progre del barrio de Gracia.

Javi Secilla vivía en el mismo bloque de vecinos que él, en Barberá del Vallés, y sus respectivas madres eran amigas. Hasta octavo curso fueron juntos cada día al colegio. Luego acabaron la EGB y Javi decidió hacer la FP y en su casa le apoyaron. Ventura hizo el BUP. Aquella fue la primera separación. Aun así, seguían viéndose por las tardes: jugaban al fútbolín contra otros chicos, fumaban cigarrillos y paseaban por el polígono industrial. Perdieron la virginidad con la misma chica, Carmen, una compañera de clase de Ventura que empezó a salir con Javi. Después, en una pausa de su relación, se acostó con Ventura. Fue la propia Carmen quien se lo explicó a Javi tras la reconciliación. Él le dijo que no había problema, que ella no era propiedad de nadie. No habló con Ventura del tema y, de alguna manera, tampoco hizo falta. Después siguió viéndose con

Carmen durante algún tiempo, hasta que dejaron de hacerlo.

En aquella época, el ejército aún no era profesional, así que, cuando cumplieron dieciocho años, fueron llamados a filas. Ventura solicitó una prórroga por estudios y le fue concedida. De hecho, la fue renovando hasta que el ejército se profesionalizó y, finalmente, recibió una carta del Ministerio de Defensa en la cual se le eximía del servicio militar y se le informaba de que pasaba a formar parte de algo llamado «reserva». Javi, por su parte, había terminado la FP y se fue a la mili. Le destinaron a la base naval de Rota, en Cádiz.

Ventura le vio una de las veces en que volvió de permiso. Para entonces, él estudiaba Historia en la universidad, llevaba el pelo largo y comenzaba a tener algunas opiniones propias acerca de la sociedad, o al menos eso creía. Había hecho otras amistades, y poco a poco se había desligado de la gente del barrio. Javi le obligó a admitirlo. Estaba ridículamente moreno y tenía la cabeza rapada al dos. Habló del Sáhara mientras bebía al estilo militar: apoyando el cuello de la botella en el labio inferior y echando la cabeza hacia atrás. Tal vez porque había estado en otro continente, le pareció a Ventura más experimentado que él y, desde luego, mucho más resuelto. También le pareció mucho más ignorante. Se repugnaron mutuamente durante la primera cerveza, pero en algún momento, entre la segunda y la tercera, recuperaron la vieja amistad; hablaron de algunos compañeros del colegio, de los paseos por el polígono, del sexo con Carmen. Después Javi habló del hachís de Ceuta,

de la costa africana vista desde altamar, del Mediterráneo cuando no se ve otra cosa alrededor. En la puerta del Bar Salvaje intercambiaron algunas bromas de borracho y después Javi le comunicó su intención de alistarse en el ejército. También quiso saber qué iba a hacer Ventura con su vida. Él le dijo que no lo sabía. Después se estrecharon la mano con el convencimiento de que no volverían a verse nunca más.

Unos años después, Ventura se licenció con la mejor nota de su promoción y el profesor Gomar le propuso hacer el doctorado bajo su tutela. También le ofreció una beca predoctoral y la posibilidad de hacer un lectorado en la Universidad de Texas. Javi tenía razón. Hacía tiempo que había perdido todo contacto con la gente del barrio y había hecho nuevas amistades en Barcelona. Después de las clases, pasaba la tarde estudiando en la biblioteca y volvía al extrarradio en el último tren. Los fines de semana iba a cenar al centro con sus nuevos amigos y luego salía por Pueblo Nuevo o por Gracia, y la mayoría de las veces acababa de madrugada en la estación de tren, esperando al primero de la mañana entre mendigos y yonquis. Cuando al fin llegaba a Barberá, Venus brillaba en un cielo metálico, los coches tenían un manto de rocío y, a pesar de la hora y la resaca, el lugar no parecía tan deprimente como cuando volvía entre semana, a las nueve o las diez de la noche, cuando no había nadie en la calle, solo gatos husmeando en los cubos de basura, y en las ventanas de los bloques parpadeaba la luz azul de los televisores.

Finalmente, acabó el doctorado y obtuvo una plaza de profesor agregado en la misma universidad en la que había

estudiado. Con el primer sueldo alquiló un apartamento en la ciudad, a pocas calles de la plaza de la Virreina, y se instaló en él con la que por entonces era su novia. A base de ceder protagonismo en sus publicaciones al director de su departamento y de votar a sus candidatos en los tribunales de evaluación, consiguió prosperar académicamente. Tenía apenas treinta años y las cosas le iban bien.

Entonces llegó el otoño y su padre murió de madrugada, fulminado por un ictus en el pasillo de casa, y volvió al extrarradio. Hizo el viaje de vuelta en el tren de cercanías, acarreando una maleta con un par de mudas. Y le vio en el tanatorio.

Pasó unos días duros en el viejo apartamento junto a su madre. En las fotos en color su padre posaba con ellos, mientras el pequeño Diego crecía y él iba encajando los años. Pero había otras fotos en blanco y negro de su padre, de un hombre joven y meridional que bromeaba y se hacía fotografiar sobre una moto. Cuando su mujer se quedó embarazada, siguió el consejo de un amigo y emigró al norte en busca de empleo. Y encontró trabajo como conserje. No supo hacer nuevos amigos ni olvidar su tierra. La madre de Ventura le habló del día en que su padre pudo firmar al fin la hipoteca del piso donde estaban, y del brillo en sus ojos. Brindaron con cava y comieron gambas. El pequeño Diego jugaba con sus Playmobil en una esquina, ajeno a todo lo demás. Después su padre abandonó la mesa y fue a jugar con él; si le dijo alguna cosa trascendental, Ventura no la recordaba. A partir de ese momento, la vida de su padre se convirtió en una carretera más o menos recta. Supo qué

era lo que tenía que hacer y lo repitió día tras día. Ventura comprendió que él mismo era el abismo que dividía al joven desconocido y antiguo de las fotos en blanco y negro del hombre de mediana edad, silencioso y emigrado, que se sentaba a cenar con ellos vistiendo aún su uniforme azul de conserje.

Su madre le pidió que se ocupara del papeleo. Ventura hizo algunas llamadas telefónicas, escogió un nicho en un catálogo y una frase para ese nicho. Finalmente, en el despacho perfumado de sándalo de un notario recibió una herencia insospechada: una enciclopedia encuadernada en falso cuero azul, con letras doradas en el lomo, que trataba sobre civilizaciones antiguas y daba la impresión de haber sido muy frecuentada. Los párrafos subrayados añadían aún más incredulidad a la primera impresión. Su padre había comprado aquellos volúmenes para él en la teletienda, hacía muchos años, una tarde en que, absorto ante el televisor, vio aquellas láminas ilustradas, recogidas en trénelin y narradas por la voz profesional de un publlirreportaje. Pudo imaginarse satisfecho con el rendimiento de su compra cuando veía a su hijo sobre el escritorio, con un par de volúmenes abiertos mientras preparaba un ejercicio escolar. Cuando ingresó en la universidad, su padre le preguntó por qué no seguía consultando aquellos volúmenes y Ventura le dijo que ya no le hacían falta, que lo que estudiaba ahora era un poco más «técnico», de manera que su padre decidió llevárselos al trabajo para matar las largas viglias como conserje ojeando las fotos. Ventura le imaginó así, en su garita, con unas gafas de cerca caladas en la punta de la

nariz y mirando las láminas; caminando por los pasillos del Conservatorio, de camino a un lavabo atascado o a un aula por cerrar, mientras daba vueltas a todo aquel asunto de los sumerios, los acadios y los asirios. Nunca se atrevió a hablar con su hijo de estos temas; probablemente le daba vergüenza. En su testamento, su padre lamentaba no haberle podido ayudar más en los estudios, pero confiaba en que aquellos volúmenes pudieran haberle sido de algún provecho.

Acudieron algunos vecinos al entierro, entre ellos los padres de Javi. Tras la inevitable pregunta, le dijeron que Javi había sido movilizado y que estaba combatiendo en Irak. Ventura pensó que su amigo, definitivamente, había echado a perder su vida, pero desde luego no se lo dijo a sus padres. A ellos les estrechó la mano y les agradeció su asistencia.

Ahora tenía en su despacho un pólit manuscrito por Javi, pegado al auricular de su teléfono. Había emergido del extrarradio para buscarle por algún vago motivo, y su solo intercambio de impresiones con Sara irritaba a Ventura, le parecía un punto menos a su favor en la carrera hacia catedrático.

Buscó en YouTube «Iraq war» y encontró escenas nocturnas de guerra filtradas en verde. Vio grupos de marines avanzando entre escombros y cruzando en el aire los afilados haces de luz que sus armas arrojaban por la mirilla. En ocasiones, desde una ventana tosía un kaláshnikov, y los haces de luz confluían ahí y las balas dibujaban leves pará-

bolas antes de impactar y arrancarle cascotes a la pared. El tableteo de las metralletas era constante y atronador al menos en un kilómetro a la redonda. Vio un carro de combate detenerse en una gran avenida y completar con su cañón un giro de 180°, disparando en aspersion hacia los edificios y sacudiendo los penachos de las palmeras. Vio misiles como puntos de luz que cruzaban el cielo para sembrar la muerte más allá, en barrios que latían como brasas.

Sosteniendo el pósito de Javi pensó: «Menudo sonado», y lo volvió a pegar en el teléfono para tenerlo a mano, para asegurarse de no levantar el auricular si entraba una llamada y en el chivato aparecía aquel número.

Sin embargo, cuando días después se produjo la llamada, Ventura estaba corrigiendo exámenes y descolgó el auricular sin levantar la vista de los papeles. Una voz, al otro lado, se presentó: se llamaba Javi y buscaba al Ventu. Ventura saludó, poniendo los ojos en blanco. Hace cuánto tiempo que no hablamos, dijo.

Javi dejó correr un breve silencio.

—Unos dieciocho años, por lo menos.

—Desde que te enrolaste.

—Sí —dijo Javi.

—¿Cómo te va, Javi?

—No me va mal.

—¿Te tratan bien en el ejército?

—No, eso ya lo dejé.

—¿En serio? ¿Y a qué te dedicas ahora?

—Voy de aquí para allá. A ti sí que te va bien, ¿eh? Te vi el otro día en la tele.

—Sí. ¿Qué te pareció el programa? —le preguntó Ventura, sintiéndose un poco idiota.

Javi no respondió a su pregunta.

—Sí, te vi mientras hablabas de todas esas momias.

Después ambos guardaron silencio. La línea tenía de fondo un ruido remoto, como de grillos en verano, que incrementaba la sensación de lejanía. Continuó Javi.

—También vi los mapas. Yo he estado ahí, en Irak, ¿sabes? Ventura se aclaró la garganta.

—Sí. Me lo dijo tu madre en el entierro de mi padre.

Javi no dio importancia a esto último.

—Mi compañía acampó durante algunas semanas junto a esa puerta azul de la que hablabais, la de las figuras de animales. Relevamos a los americanos. Yo también podría explicaros algunas de las cosas que vi. Solo que a mí no me invitan a la tele para contarlas.

—Bueno, imagino que las cosas estarán bastante cambiadas por allá —dijo Ventura, sin saber muy bien qué hacer con el silencio posterior de Javi.

—Tengo una cosa para ti. Algo que encontré en el desierto. Creo que es antiguo. Pensaba tirarlo de todos modos. Mi mujer dice que me recuerda la guerra, y tiene razón.

—Ah, pero ¿estás casado? —le dijo Ventura.

—Sí. Oye, dame una dirección para que pueda enviarte la cosa.

—Puedes enviármelo aquí, a mi nombre, Departamento de Historia, despacho B-35. O se lo puedes dejar a mi madre en casa y ya iré a buscarlo, si sigues en Barberá.

—Da igual, seguro que estás muy ocupado.

Ventura imaginó que esto iba a modo de despedida. Para ir concluyendo, le dijo:

—Bueno, Javi, muchas gracias por tu llamada y por tu interés. Y por tu oferta, claro. Me alegro de haber hablado contigo después de tanto tiempo.

—Ya. ¿Sabes? Tenías razón. A lo mejor no fue buena idea que me alistara en el ejército.

—Yo nunca dije eso, Javi.

—Tranqui, no tienes que disculparte. Siempre he sabido qué pensabas tú sobre mis planes de futuro.

Ventura no dijo nada más.

—Por cierto, ¿cómo se llama la puerta azul con las figuras de animales? La de Babilonia. He olvidado el nombre.

—Es la Puerta de Ishtar —le dijo Ventura—. ¿La conoces?

—A veces sueño con ella. Venga, hasta luego.

Al cabo de un par de semanas, efectivamente, Ventura encontró en su buzón uno de esos papeles amarillos de notificación de correos. Acudió a la oficina y allí le entregaron una caja de cartón reutilizada, cerrada con mucha cinta aislante, que en su día había contenido una mansión de Malibú de Barbie. Una vez en casa, la abrió empleando un cúter. Dentro había un objeto envuelto en varias capas de plástico de burbujas. Tenía la forma de una cabeza y, durante un momento, la broma macabra pareció posible. Cuando retiró el plástico por completo, lo que quedó sobre la mesa fue un casco de apariencia antigua, como sacado de un anticuario.

Ventura lo sostuvo en las manos sin saber determinar de qué material estaba hecho. Supuso que tal vez era de cobre. Tenía un baño dorado en la parte superior y una cenefa con inscripciones alrededor de la coronilla. A los lados cubría hasta media quijada y tenía unas orfebrerías en el borde inferior hechas en un mineral de color azul oscuro. Aunque estaba logrado, no dejaba de tener el toque cutre y flipado de las cosas del extrarradio, como esos cascos de trial con pegatinas de calaveras o los alerones desmesurados que venden en el Aurgi. A Ventura le daba demasiada pereza pensar si se trataba o no de una broma de Javi y decidió postergarlo colocando el casco en una estantería, junto a las *Obras completas* de Galdós.

Ese mismo día, al atardecer, después de tomar un par de copas de vino mientras escuchaba por internet una emisora de jazz, cedió a la tentación y se lo puso. Frente al espejo, la farsa se consumaba: el casco había viajado por los siglos y los cráneos, desde la realeza mesopotámica hasta un catalán de mediana edad, desde un palacio hecho con mahones y lapislázuli, en la milenaria ciudad de Ur, hasta un comedor de Barcelona decorado al estilo Ikea.